

## UNA NOCHEBUENA EN TIEMPO DEL TERROR



EL azar de un veraneo en Nemours me había traído á visitar un castillo bien conocido de cuandos se interesan por la arquitectura del siglo xvi en Francia, el de Fleury-les-Tours, que se ha nombrado de este modo para distinguirlo del otro Fleury, célebre por la estancia del pretendiente Carlos-Eduardo y que yergue, cerca de Courance, su linda construcción de ladrillos. No discutiré el punto controvertido entre arqueólogos, á saber si esta delicada joya de piedra construida por orden del primer duque de Fleury, favorito de Luis XII, ha servido de modelo á esta otra alhaja que lo reproduce casi exactamente y que se llama Azay-le-Rideau, ó bien si es lo inverso.

Tampoco discutiré este otro problema debatido indefinidamente en los clubs : ¿Tiene el propietario actual de Fleury-les-Tours verdaderamente el derecho de llamarse duque de Fleury á secas, como el joven héroe de Agnadel? El debate dura con la otra rama de la familia desde unos ciento cincuenta años. Que sea auténtico ó no su título, el actual duque de Fleury lo está llevando de un modo que justifica todas sus pretensiones. Emplea admirablemente una fortuna muy grande que heredó de su madre, hija de uno de esos hidalgos vidrieros que una tradición secular perpetúa en nuestros departamentos del Norte. El duque ha tenido el acierto de no confiar á intermediarios la gerencia de sus intereses. Durante cuarenta años ha dirigido en persona las vastas fábricas que posee cerca de San Quintín. Su hijo mayor se ocupa en ellas

ahora. Este manejo directo de sus propios intereses, ha tenido un resultado: el castellano de Fleury-les-Tours apoya sus pretensiones en un millón doscientos mil francos de renta, sin ninguna baja alianza, y el palacio está habitado tan noblemente como lo merecen las esculturas de las puertas y los cruceros de las ventanas. El señor de esta exquisita y grandiosa morada tiene de ella un orgullo muy legítimo. Dicho sea esto para explicar cómo se había empeñado, al encontrarme en casa de amigos mutuos, en hacerme los honores de su morada, á pesar de mi absoluta falta de competencia en la parte en que él sobresale. Ha reunido una colección de armas digna de rivalizar con la del palacio real de Madrid. Un rasgo definirá la perfecta cortesía de este verdadero hidalgo: durante la visita á la cual aludo, me ahorró el detalle de su museo. Otro rasgo definirá la incompetencia que acabo de confesar: de todas las piezas incomparables esparcidas en las salas del palacio — ¿qué digo? — del castillo entero, no me acuerdo verdaderamente con viva claridad, sino de un pequeño lienzo colgado en el dormitorio del amo de la casa, y eso menos por su propio valor, á pesar de ser una excelente pintura de un maestro francés anónimo del siglo XVII, que á causa de la anécdota que se relaciona con ella. Este predominio del interés moral sobre la hermosura y lo pintoresco, distingue esencialmente á los escritores de los artistas. Un gran error del romanticismo fué el haber querido unir á estos dos tipos de inteligencia irreductibles uno entre sí.

Este cuadro ante el cual quedé en seguida suspenso, representaba un asunto muy corriente, una Natividad. La pintura tenía la firmeza que revela una mano muy ejercitada, esa minuciosidad fuerte cuyo valor permanece indiscutible á través de las variaciones del gusto. El San José, la Virgen, el Niño en la paja, el buey, el asno, estaban tratados con una robustez de toque que revelaba la influencia de Felipe de Champaigne y una precisión aprendida en Flandes. Un detalle de extremada originalidad indicaba una imaginación de poeta. La escena estaba colocada, como de costumbre, en un pobre establo alumbrado por una ventana cuyo marco se componía de dos barrotes cortados uno por otro en ángulo recto. La sombra de



... representaba un asunto muy corriente, una Natividad...  
(pág. 132).

este marco se proyectaba en la pared del fondo, de modo que una cruz se dibujaba sobre el blanqueado del muro, cruz desmedida, fantástica y sin embargo clara. ¡Este instrumento del futuro suplicio posaba su base precisamente por encima de la cuna del Niño Divino, que dormía tan dulcemente! Entre esta cruz y este sueño, esta amenaza y esta seguridad, el contraste era conmovedor. Tenía yo un motivo para interesarme doblemente por este cuadro. Acababa, al mirarlo, de conocerlo. Sí, ya había yo visto esta disposición de los personajes y este reflejo del bastidor de la ventana proyectado en forma de cruz sobre la blanca pared del fondo. Un nombre me llegó á los labios, que pronuncié aturdidamente. No agrada en general á un coleccionista poseer una cosa vista ya y los pocos

cuadros reunidos allí, probaban que el duque, especializado en las armas, esbozaba también un pequeño principio de galería.

— Su memoria le sirve muy bien, me contestó. Una copia de este cuadro existe en efecto en casa de la señora de \*\*\*. Repitió el nombre que había dicho yo y que no viene al caso citar aquí. Son primos míos. Hubiera usted podido ver otra en casa de los \*\*\* (tampoco transcribo este nombre) y otra en casa de los \*\*\*. Este es el original que mi abuelo ha dejado por testamento al mayor de sus cuatro hijos, que era mi padre. Quiso que otras tres copias fuesen hechas para mis dos tíos y mi tía... ¿No le ha dicho la señora \*\*\* por qué? Y al contestarle yo negativamente: Es natural, añadió con altiva amargura, cuando se ha consentido en servir á la Revolución, ciertos recuerdos avergüenzan. El padre de la señora de \*\*\* ha ocupado en efecto un puesto en la diplomacia bajo Napoleón III. Olvidé indicar que el duque vidriero es uno de esos legitimistas intransigentes, que han necesitado una orden del príncipe que duerme en Goeritz para aceptar la fusión. Prosiguió: « No tengo los mismos motivos para callarle el episodio que comunica á ese pequeño cuadro un valor de reliquia. Me permitirá usted ofrecerle la plaquita donde he hecho imprimir el trozo del testamento de mi abuelo en el cual explica este deseo. Leerá usted estas páginas cuando se vaya. Tendrán á lo menos tanto interés como un artículo de periódico. Y con el rumbo que siguen las cosas, corren mucho riesgo estas páginas de parecerse á lo que se leerá en la prensa, del porvenir.

¿Se ha equivocado el dueño de esta Natividad al anunciarme un relato tan notable, como la idea misma de este lienzo asociada á una crisis decisiva de la historia de su abuelo? El lector juzgará. Como el duque me diera el permiso de utilizar este documento, lo copio tal como está escrito. En épocas alteradas como la que atravesamos, resulta saludable recordar qué terribles pruebas la experiencia de ciertas doctrinas sociales impuso á los destinos privados, hace poco más de un siglo. No es un motivo para creer, como el señor de Fleury, en identidades absolutas entre los acontecimientos, pero ¡la Commune está tan cerca de nosotros! ¿Cómo nos podrían ser indife-

rentes los sentimientos que penetraron en las almas de los hombres que han vivido bajo el régimen del Terror? Este relato tiene, pues, cierto interés de actualidad. Helo aquí bajo el título que el duque le había dado: *Apunte dejado por mi abuelo para su primogénito y que explica el codicilo de su testamento relativo á un cuadro de un autor desconocido representando una Natividad.* Á partir de este punto es el Fleury de 1793 quien tiene la pluma.

.....

.....

.....

.....